

Las flores de primavera

[Son tres personas en un dormitorio de mediados del siglo XX. La sala, color balada y sepulcral, admite su tristeza: Iluminación escasa, mobiliario sollozando, rostros dañados... La razón reside en la situación: hay dos sillas siguiendo la línea de una cama. La cama, azul coral, es habitada por un hombre de unos sesenta años con una sonrisa. En las sillas, están las otras dos almas. La primera de ellas, ADELA RENARD, una joven acercándose a los veinte. Cabello avellana, ojos negros. Lleva un anillo en el dedo pulgar de la mano derecha. Atractiva. Mirando hacia el lecho, no deja de aclararse los ojos con un blanco pañuelo. Al lado suyo, hombre finalizando los cincuenta. JORGE CAMPOS. Ropa de granjero, altura baja. Al igual que la mujer, lágrimas sobresalen de sus débiles pupilas. Mencionado antes, está el residente de las mantas: Hombre alto, alargado. Cubierto de manteles blancos, piel pálida, voz pálida y respiración pálida: TRISTÁN RENARD]

TRISTÁN *[tosiendo mientras habla]*: Los suspiros hacen partir la felicidad. Mi vida está llegando a su fin: fui un hombre, soy un anciano y seré menos que un recuerdo. Debéis continuar. Adela, sigues siendo una moza. Debes casarte lo antes posible, si no jamás tendrás una familia. Jorge, buen amigo, ya sabes que te dejaré parte de mi hacienda, asegúrate que tus hijos hagan buen saber con ella.

ADELA *[con voz temblorosa]*: Tío mío, no digas eso. *[solloza]* Mañana volverás a levantarte, piensa en todos aquellos que ayudaste durante la vida. Todos ellos quieren que te recuperes.

TRISTÁN: ¿Todos ellos? Dime, Adela, ¿dónde se encuentran todos esos a los que ahora nombras? ¡Ay, Adela, no cometas el mismo error que yo! Vive tu vida, toma mis consejos si lo deseas, pero nunca te preocupes por nadie más que tú misma. Nunca... Mírame, Adela. Mira esta sala, mira estos muebles, miraos a vosotros, y mira mi vida, esto es todo lo que he conseguido en sesenta años de existencia.

JORGE: No, Alonso, no. Sabes perfectamente que eso no es verdad. ¿Recuerdas cuando me salvaste de ahogarme mientras jugábamos en el río? Yo tenía seis y tú tenías doce, ¿lo recuerdas? Desde pequeño fuiste siempre un héroe.

ADELA: Sí. Padre siempre me contaba cómo, con solo dieciocho años, te alistaste como médico voluntario para la Gran Guerra. Yo misma lo vi, una o dos veces al año

venían franceses, británicos, belgas... todos ellos solo para agradecerte por haberles salvado la vida.

JORGE: No puedo imaginar lo que tuviste que vivir. Dime, Alonso, ¿De verdad, de verdad pensarás eso de tu vida cuando retournes al descanso eterno?

TRISTÁN: Oh, Jorge, no sabes de lo que estás hablando. He visto al humano hacer atrocidades como ningún ser podría haber imaginado. ¿Sabes por qué volví a España tras dos años? No fue porque me atacase un enemigo ni nada por el estilo. Los generales vieron que salvaba soldados tanto de un bando como del otro, y me ordenaron parar. No lo hice. Me dispararon ellos, Jorge, ellos. Una noche vinieron unos... *[comienza a toser con fuerza]*

ADELA: No te fuerces, por favor. Descansa, y así mañana podremos ir juntos a observar *las flores de primavera*.

JORGE: Déjalo, Adela, no pienses en el mañana, vivamos con él en el hoy. ¿El médico cuándo vendrá?

ADELA: Lo antes posible...

TRISTÁN: Déjala tú soñar, aún es joven para ello. Tú y yo hace tiempo que al invierno recibimos. Ya he confesado, ya he hecho el testamento, pero aún no he marchado. Hay muchas cosas que no sabes de mí, sobrina mía.

ADELA: Tendrás tiempo para contarlas, descansa la voz, que todo eso que has dicho será inútil el día de mañana.

TRISTÁN: Adela, no podré descansar sabiendo que no he dejado todo zanjado. Escuchadme bien. *[tose levemente]* Jorge, hay cosas que aún no sabes de mí incluso después de tantos años... el cura ya sabe de todos mis arrepentimientos, pero debo decíroslo a vosotros también, mis únicos recuerdos.

JORGE: Alonso, nada de lo que digas me sorprenderá ya. Llevo una vida entera junto a ti trabajando como ayudante. Aun así, sé que mi historia también se está acercando al final, ya lo sentía desde que se llevaron a mi mujer hará veinte años. Ya no soy el que era. No puedo trabajar más de cuatro horas en el campo, siento que dentro de poco seré también una carga para mi familia. Así que habla, que no recordaré por mucho tiempo.

ADELA *[llorando]*: ¡Oh, por qué tenéis que ser tan malvados! Os vuelvo a pedir que paréis de una vez. No quiero pensar en el mal. No hay que pensar en el mal, acaba siempre abriendo la puerta.

[Un viento recorre la sala levantando levemente las sábanas y los vestidos. Los personajes sienten un escalofrío.]

ADELA *[repitiéndose a sí misma]*: No ha sido verdad, no ha sido verdad...

TRISTÁN: Parece que ya ha entrado en *aquesta* sala.

JORGE *[rápidamente]*: Esta sala. *[pasan unos segundos]* Perdón, no me quito de la cabeza la manía de corregirte incluso en el fi...

ADELA *[interrumpiéndole]*: ¡No sigas!

JORGE: Vale... di lo que debas decir ahora; aun si fuese sordo, te seguiría escuchando.

TRISTÁN: De acuerdo... ¿Deben recordar la guerra civil, verdad?

ADELA: No mucho, aún era algo pequeña.

JORGE: Sabes que la palabra recordar no puede describir el grabado que dejó en mi corazón.

ADELA: Es verdad, lo siento por Isolda...

TRISTÁN: Era una mujer estupenda. Jorge, era una mujer estupenda...

JORGE: ¿A dónde quieres llegar con esto?

TRISTÁN: Llevo mucho tiempo ocultando esto... el peso que causa en mi alma es tal que no me deja dormir por las noches y los días, pero debo decirlo esta vez: El alemán que salvé con mis propias manos, ese último paciente que llevé a mis hombros, fue el que violó y asesinó a tu mujer, Jorge.

ADELA *[con voz quebrada]*: ¡Oh Dios, oh Dios mío, oh...!

JORGE *[incrédulo]*: Qué...

[Pasan unos segundos, Alonso tose y suspira, dejando escapar su aliento.]

TRISTÁN: Lo vi en los registros. Wolfgang Eisenhardt, ese era su nombre. Le salvé yo mismo de la muerte en Verdún, luego, parece que participó luego como voluntario y...

JORGE *[al borde de las lágrimas]*: No puede ser verdad; ¿es una broma de mal gusto, verdad? Alonso, dime que no es cierto...

[Un silencio ensordece la sala. JORGE se acerca a TRISTÁN.]

JORGE *[enfadado, agitando a TRISTÁN]*: ¡Dime que es una broma, Alonso! ¡Dímelo ahora mismo!

[No hay respuesta, JORGE sale de la sala.]

ADELA: ¡Espera Jor...!

TRISTÁN *[interrumpiéndola]*: Déjale marchar, está bien.

ADELA: Pero...

TRISTÁN: ¡Adela! Estaba preparado para esto *[tose con fuerza]*

[Pasan diez segundos más sin palabra.]

ADELA: Puedo... ¿Puedo preguntar desde cuándo lo sabes?

TRISTÁN: Desde unos meses después de que ocurrió. No le vi la cara, pero supe que fue él nada más ver su nombre y apellido en el registro. Al parecer, murió días después en el campo de batalla...

ADELA: No fue tu culpa.

[TRISTÁN no responde.]

ADELA: Escúchame, no fue tu culpa. Tú hiciste lo correcto, no eres responsable del camino que escogieron aquellos a los que salvaste.

TRISTÁN: ¡Lo sé perfectamente, pero...! *[comienza a llorar]* ¿Y si no le hubiera salvado? Dime, ¿qué habría pasado si no lo hubiera hecho? Soy un traidor. He traicionado a mi amigo más cercano y le he estado mintiendo durante años. No soy más que escoria. Ella... Ella estaría aquí con nosotros. Con nosotros, Adela, con nosotros...

ADELA *[decidida]*: ¡TRISTÁN! No sigas. No eres escoria. Diste todos tus ahorros a Padre para que estudiase en vez de ti, ¿hace falta que te lo recuerde? Incluso después de ser disparado por esos franceses, seguiste ayudando a todo enfermo que venía sin pedir nada a cambio, ¿hace falta que te lo recuerde? Siempre que veías a alguien en problemas, le dabas tu dinero sin siquiera parpadear, aunque no tuvieses, ¿hace falta que te lo recuerde? Por último, ayudaste a cientos de

republicanos a escapar, aunque eso pudiese significar tu muerte. Dime ¿hace falta que te lo recuerde?

[TRISTÁN sigue sin responder, aumenta su tos.]

ADELA *[nerviosa]*: ¡Tío!

TRISTÁN: Estoy bien... todo esto solo me ha puesto peor. Si tan solo la hubiese salvado a ella...

ADELA: Isolda ya no está, no fue tu culpa. ¿Hace falta que te lo repita? No es tu culpa. ¿Entendido? Las flores de primavera cubrirán tu culpa, estoy segura de ello.

[En ese momento, entra un hombre por la puerta: STEFAN TRAURIG. Unos 40 años. Lleva consigo una maleta y una bolsa de hielo.]

ADELA: ¡Menos mal, ha llegado!

STEFAN *[con acento polaco]*: Alonso, tú sigues malo, ¿no? Me ha abierto tu amigo antes de marcharse, parece que iba a la comisaría.

ADELA: De acuerdo. Ayúdalo, por favor, ha empeorado desde que fuimos el otro día.

STEFAN A ver, déjame ver...

[STEFAN revisa minuciosamente a TRISTÁN, mientras tanto, sigue hablando.]

STEFAN: Es una buena casa aquí en los Pirineos... Mi tierra es totalmente diferente. No montaña.

TRISTÁN: Sí... *[sigue tosiendo, cada vez peor]*

STEFAN: ¿No esposa?

TRISTÁN: Ella, la mujer de la que una vez me enamoré, yo...

STEFAN *[cambiando de tema]*: Ah, tú eres joyero, ¿verdad?

TRISTÁN: A ver, he hecho joyas toda mi vida, pero también tengo conocimientos de medicina...

STEFAN: ¿Medicina? Entonces, *[mirando a ADELA]* ¿Sabes, no?

TRISTÁN: No he tenido ningún momento para...

STEFAN [*le interrumpe*]: Amiga Adela tiene un... ¿Cómo se decía? Niño de mercadillo dentro.

ADELA: Espera, Tío, ¿lo has sabido todo este tiempo?

STEFAN: Deberías haber venido a que lo revise. Muy peligroso.

TRISTÁN: Sí, por eso te dejaré mi hacienda para que puedas cuidarlo sin importar quién sea el padre. Dime, ¿te casarás con él? [*Tose más, empieza a costarle respirar*]

ADELA: Sí... Es Miguel, el hijo de Jorge... Os lo queríamos anunciar mañana, saliendo a los campos de donde crecimos, y disfrutar todos juntos del atardecer mientras admiraríamos *las flores de primavera*.

TRISTÁN: Ya veo...

STEFAN: Ardes como chimenea. No bueno.

[STEFAN le quita todas las sábanas a TRISTÁN; después, los ojos de uno y otro se encuentran y se apagan para no encenderse más. TRISTÁN empieza a delirar, levanta el torso y alza las manos, como si intentase abrazar a alguien.]

TRISTÁN: ¡Oh, Isolda! ¿Eres tú, Isolda? Lo siento... Lo siento... Sabes que te he amado desde que éramos pequeños, siempre fuiste la mujer de mis sueños. Pero yo me fui, y cuando volví te casaste con... Toda mi vida desde entonces no ha tenido sentido. Te hice mucho daño, Isolda. Soy horrible. He amado siempre a la esposa de mi amigo y he sido el responsable de su prematura muerte. Por favor, Isolda, perdóname...

Perdóname...

[En ese momento, TRISTÁN cae ante la enfermedad hacia la cama, para no volver a levantarse jamás. STEFAN tiene la mirada perdida, de arrepentimiento. ADELA llora silenciosamente. Entonces, entra JORGE por la puerta.]

JORGE [*emocionado*]: ¡Alonso! ¡Alonso! El soldado... ¡El soldado no era el mismo! Aquel... tenía veinte años, ¡era imposible que fuese el que salvaste! ¿Alonso? Espera, ¿Qué ha...?

[Se cierra el telón.]